

Arado 41

ENCICLOPEDIA ILUSTRADA DE FRANCISCO NACENTE



HISTORIA GENERAL
DE
FRANCIA

POR

D. VICENTE ORTIZ DE LA PUEBLA.

Entregas 84 y 85.

Véanse los anuncios de la 4.^a plana.

BARCELONA.

ENCICLOPEDIA ILUSTRADA DE FRANCISCO NACENTE

CALLE DE AUSIAS MARCH. PLAZA DE JUNQUERAS, 7.

L47
2002

Historia General
de
FRANCIA

de
D. VICENTE GILIS DE LA PÉRIE

Entregas 84 y 85.

Véanse los números de la 4.ª parte.

BARCELONA.

IMPRESION EN LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA

velo y su madre solamente le habian enseñado la práctica del crimen, pensó en deshacerse de él aunque hubiera de recurrir al asesinato. El duque de Alençon pues corrió muchas veces peligro de muerte; pero consiguió librarse, y corrió al Mediodía á sellar la alianza de los protestantes con los políticos. Damville reunió en el Lengüadoc hasta 15000 soldados, y Condé envió de Alemania, donde estaba refugiado una vanguardia de 5,000 hombres. Los de Lorena habian recobrado el favor de la corte, pues el rey acababa de casarse con una princesa de su casa, y aconsejaban la guerra á todo trance. Pero Catalina

temia á los aliados, y por mil medios procuraba entrar en negociaciones con ellos. Sin embargo, el duque de Guisa la dejó en sus intrigas, y corrió al encuentro de los alemanes, á los cuales batió en Dormans, cerca de Chateau-Thiern, en la Champaña, el día 11 de octubre de 1575. Los riesgos que corrió en ese encuentro en el cual fué herido en el rostro, aumentaron su popularidad: entre los católicos no se habló mas que del *Balafré* (acuchillado de la cara), del digno heredero del gran Guisa.

Con todo, Condé pasó sin obstáculos con 18,000 hombres y 16 piezas de artillería á través de Champaña y



MATANZA DE LA NOCHE DE SAN BARTOLOMÉ.

Borgoña, atravesó el Loira y se reunió con el duque de Alençon en Moulins. Con esto y con la evasión del rey de Navarra acrecieron las esperanzas del partido aliado. Cierta noche en que cantaba en voz baja un salmo que hacia alusion al abandono en que sus amigos le dejaban, el historiador y poeta de Aubigné le propuso evadirse: «Marchemos, contestó: en Paris han dado muerte á mi madre la reina, al almirante y á todos mis mejores servidores: no vuelvo á él como no me lleven arrastrando.»

5.—Enrique III, con motivo de sostener aquella guerra, quiso «escudriñar los bolsillos de los hugonotes de Paris», mas no sacó otra cosa que disgustar á todos y dar que murmurasen de él. Despues del éxito del de Guisa en Dormans, se vió aun mas impelido á negociar la paz para cuya intermediacion se ofreció el duque de Alençon, que pudo conseguir la firma de un tratado de paz que llevó su nombre: paz de *Monseñor*, título que se dió en adelante al hermano secundo-génito del rey. No consiguió solamente el duque la honra de que se diese su nombre á dicho tratado, sino que además se hizo dar el Anjou del cual llevó en adelante el título, la Turena y el Berri con todos los derechos de regalía y bajo la sola condicion del homenaje.

El rey de Navarra consiguió en virtud de aquel tratado el gobierno de Guiena; y Condé, el de Picardia. Concedióse el libre ejercicio del culto á todos los protestantes del reino, escepto á los de Paris y la cérte, hasta la próxima convocacion de *un libre y santo concilio general*. Todas las sentencias falladas desde el reinado de Enrique II por causa de religion, fueron anuladas; y los matrimonios contraidos por sacerdotes se consideraron legítimos. Además la corona reclamaba perdon del pasado y daba garantías para el porvenir, rehabilitando la memoria de Coligni y demás víctimas del dia de San Bartolomé, cuyas viudas é hijos alcanzaron exencion de impuestos, cediendo numerosas plazas fuertes como garantías y nombrando tribunales mixtos de protestantes y católicos.

6.—La paz de Monseñor parecia una traicion hecha al partido católico, y de aquí que la efervescencia, calmada por un momento despues de la monstruosidad de la matanza de San Bartolomé, se reanimó con escesiva energía. «Pues qué, decian los católicos, ¿habia de llegar á tanto á los solos dos años de reinado?» Enrique habia impuesto muchos millones á las ciudades fieles, castigado mucho con contribuciones al clero y creado bastantes empleos onerosos y perjudiciales al país. Mas todo se lo habian llevado las fiestas y la avidez de los favoritos. Y aun entonces se enagenaban todos los bienes del clero por 200,000 libras de renta, á fin de pagar el sueldo á los mercenarios alemanes que habian ido á Francia á devastar las provincias de este reino. Pero ya que la córte abandonaba á los católicos, pensaron estos en no abandonarse á sí propios, y resolvieron hacer firme resistencia al torrente reformista que amagaba invadirlo todo.

El gobernador de Perona, llamado de Humieres, se negó á entregar la plaza á Condé nombrado gobernador de la provincia, é hizo firmar á los prelados, señores y simples ciudadanos «una cristianísima union, al efecto de emplear sus vidas y bienes en la conservacion de la ciudad y de la provincia á la obediencia del rey y á la observancia de la Iglesia católica.» En tiempo de Carlos IX se habian formado ya ligas semejantes en varias comarcas, en Borgoña, en el Anjou y otros puntos. De suerte que dado el primer ejemplo, la «union» iniciada por el señor de Humieres fué contagiosa; y el clero, especialmente los jesuitas, cuyo número y actividad arecian á medida del peligro, inducian la muchedumbre á esa via, y muy pronto tuvo cada provincia su liga ó union. Faltaba tan solo combinar y organizar los esfuerzos de ese fervor religioso á un fin determinado, y la ambicion política salió á conseguirlo.

Enrique de Guisa, que era menos militar y magnánimo que su padre, concelia proyectos mas elevados, mas factibles y tenia mas habilidad para hacer servir la religion de instrumento á sus designios é intrigas. Así

fué que logró poner á su alcance todos los hilos de aquella gran conspiracion politica, urdida en defensa de la fé católica; y redactó é hizo espedir por toda la Francia el acta constitutiva de la Santa Liga, en virtud de la cual todos los príncipes, señores, caballeros y demás asociados juraban «mantener el santo servicio de Dios segun las fórmulas de la Santa Iglesia católica; conservar al rey Enrique III en el trono, y con el esplendor, autoridad y poder que le son debidos por los vasallos; poner las provincias en los mismos derechos, franquicias y libertades que tenian en tiempo de Clodoveo; proceder contra aquellos que persiguieran aquella union sin distincion de personas, y por último prestar pronta obediencia y fiel servicio hasta la muerte al jefe que se nombrase.»

7.—El duque de Guisa habia sido de antemano indicado como jefe de la Santa Liga, mas como ese señor llevaba las miradas á un objeto mas elevado, aquel nombramiento y la Liga no habian de servirle mas que de escalones para subir al trono. Enrique III no tenia para su pueblo prestigio ni autoridad, los folletos y escritos mas atrevidos desmascaraban su hipocresía y malas costumbres; y el nuevo duque de Anjou se hallaba desacreditado como cómplice de los hugonotes, y por otra parte todos comprendian que su existencia no podia ser muy duradera; pues los vicios y excesos habian agotado su corazon, secado su alma y gastado su cuerpo. Despues de estos príncipes no habia otros herederos que los Borbones, quienes eran tachados de herejes, y por lo tanto considerados indignos de ocupar el trono de una nacion tan católica. Una vez descartados esos príncipes quedaba espedita la via á los fieles aliados de Felipe II y de la santa sede, al asesino del almirante Coligni, al hombre en fin que habia sellado con sangre un pacto de ortodoxia el dia de la horrible matanza de San Bartolomé.

En tal estado las cosas, algunos partidarios del de Guisa se mostraban impacientes, no queriendo aguardar los rodeos que se previan, y empezar por forjar y sostener genea-

logías que hacian descender la casa de Guisa de la dinastía de Carlo Magno. Segun sus opiniones los descendientes de Hugo Capeto no habian sido sino usurpadores afortunados del trono de Francia, pero que ya habia llegado el momento de que el duque de Guisa recobrar su derecho, reanimando la monarquía y la fé haciendo encerrar al de Valois en un claustro «como Pepino, su antepasado, encerrara á Childerico.»

Así lo decia cuando menos un memorial encontrado entre los papeles de un abogado muerto en Lion al volver de Roma.

8.—«Los Estados de Blois, dice Lavalée, se abrieron el dia 6 de diciembre. Acudieron á ellos trescientos doce diputados, de los cuales ciento cincuenta pertenecian al pueblo, ciento cuatro al clero y setenta y dos á la nobleza. Esta no se hallaba representada por ningun hombre célebre, el pueblo no habia llevado allí ningun magistrado ni sabio distinguido, á no ser Rodin, diputado del Vermandois y autor del tratado *De la República*, y el clero solo tenia allí hombres de ciencia y de negocios. El rey, que aparentaba mucha dignidad siempre que se hallaba en escena, abrió la sesion con un discurso notable. «Cuando considero, dijo, el estraño cambio que en todo se advierte desde la época de los reyes mi padre y mi abuelo, conozco qué feliz era su situacion, y cuan apurada y triste es la mia; porque yo no ignoro que en todas las calamidades públicas y particulares que sobrevienen á un Estado, el vulgo, que disциerne muy poco para conocer la verdad de la causa de todos los males, las atribuye á su príncipe, á quien acusa, como si estuviese en sus manos el poder evitar todos los acontecimientos adversos.»

9.—Este lenguaje tan sentido y tan triste interesó muy poco á los estados, que solo pensaban en poner trabas á la autoridad real. Propusieron dar fuerza de ley á las deliberaciones acordadas por unanimidad por los tres órdenes, sin que tuvieran necesidad de la sancion real, y de arreglar las demás por medio de un consejo compuesto de veinte y cuatro miembros nombrados por el rey y

treinta y seis comisionados. Y en seguida, por consejo de sus ministros, resolvió precaver los ataques de los estados declarándose abierta y decididamente en favor del catolicismo. El 12 de Diciembre firmó el acta de union, se declaró jefe de la santa liga, é hizo firmar esta acta á su hermano y á todos los gobernadores y tenientes del rey en las provincias. Creia de este modo desarmar á sus enemigos, quitar del acta de union el artículo dirigido contra los Valois y satisfacer por fin la voluntad nacional. Pero los estados dieron muy poco crédito á esta demostracion de celo, y con intencion de ponerlo á prueba, decretaron por unanimidad que se suplicase al rey que no permitiera en su reino mas que una religion, y que anulara el edicto de pacificacion. Enrique declaró sin tardanza que, siguiendo el parecer de los estados, revocaba su último edicto, concedido por la fuerza y contra el juramento prestado en su consagracion (1.º de Enero de 1577).

10.—La nacion declaraba pues la guerra á los calvinistas por medio de sus representantes, y anunciaba en alta voz su voluntad de ser únicamente católica. Condé protestó contra la «asamblea ilegal» de Blois, y apeló á Dios y á sus armas victoriosas «de la injusta violacion de los tratados»; el rey de Navarra escitó al mediodía á la guerra, se apoderó de Pirigueux, de la Rirole y de Marmande, y Lanoue empezó las hostilidades en el Poitou.

Los estados se alarmaron con esta guerra súbita, en especial al oír de boca del rey el mal estado de la hacienda pública, la deuda que ascendia á cien millones y cuando supieron la necesidad de nuevas contribuciones para reunir tropas. Negaron entonces sus votos, á escepcion de la nobleza que solo contribuía con su espada, y despues de largas y tempestuosas discusiones en las que Rodin representó un gran papel como representante del partido moderado, fueron deshechas todas las proposiciones sobre impuestos. En vano Enrique suplicó, intrigó y amenazó; en vano su madre negoció con su actividad y astucia habituales, porque todo fué inútil. Últimamente el rey pidió: 1.º que los estados

nombrasen treinta y seis diputados para asistir con él á la deliberacion de los acuerdos; 2.º que determinasen un impuesto para los gastos de la guerra, y 3.º que autorizasen la venta de 300,000 libras de venta de los bienes de la corona. Los estados rechazaron la primera proposicion, porque se establecian por ella unos estados en compendio, á los que fácilmente podian seducir ó intimidar, y sobre los cuales pesaria la responsabilidad de los actos reales; suplicaron al rey, en cuanto á la segunda proposicion «que tratase con dulzura á los secuaces de la nueva religion para que no tuviesen ocasion de renovar la guerra, y en el caso de ser indispensable hacer frente á los enemigos, el clero ofreció asalariar á sus espensas cinco mil infantes y mil doscientos caballos, la nobleza sus servicios y sus fuerzas, y el tercer estado negó rotundamente todo género de socorro.» El clero y la nobleza accedieron tambien á la tercera peticion, y la rechazó el tercer estado.

11.—El rey se apesadumbró tanto con esta resolucion, que casi le brotaron las lágrimas de los ojos cuando le hicieron saber tanta tenacidad. «Enorme crueldad, dijo, es esta por cierto; no quieren socorrerme con lo suyo, ni que yo me ayude con lo que me pertenece.» Finalmente, los estados llegaron al colmo de su oposicion y animadversion (1 de marzo) al pedir que se aboliese el culto reformado sin recurrir á la guerra, como si fuera muy fácil reducir con edictos á un partido que estaba por sexta vez con las armas en la mano; y se disolvieron despues de haber abandonado de este modo al trono á sus propias fuerzas, sin tropas y sin dinero, para obligarle tal vez á que ofreciera á los rebeldes una paz que le acarrearía el ódio de toda la nacion.

Semejante conducta parecia, no resultado de la ignorancia, sino un cálculo de maldad; pues esta asamblea, tan ciega y tenaz en las cuestiones religiosas, mostró ilustracion y ciencia política y administrativa. Sus acuerdos sirvieron de base al edicto de Blois del 25 de enero de 1580, complemento de la ordenanza de Moulins, monumento precioso

so del progreso de las inteligencias en medio de las turbulencias civiles, por medio del cual se introdujo la reforma en todos los ramos de la administracion, en la legislacion civil, en

monarquía, y enemigos de los hugonotes porque estos estaban en contra de la ley y la autoridad real. A ellos se deben las cuarenta y seis ordenanzas del reinado de Francisco II,



MUERTE DE CARLOS IX DE FRANCIA.

la policía, etc. Esto explica que mientras la ambicion de los grandes y las pasiones del pueblo trastornaban la Francia, la magistratura contaba en su seno una multitud de hombres austeros, dedicados á la ciencia, custodios impasibles de las leyes, enteramente ocupados en sabias reformas, católicos porque el catolicismo era el fundamento de la

las ciento ochenta y ocho del reinado de Carlos IX y las trescientas treinta del de Enrique III. Parecia que los magistrados se habian impuesto la tarea, durante las discordias civiles, de reedificar el edificio social, mientras lo iban convirtiendo en ruinas las pasiones populares.

Enrique entabló negociaciones con los hu-

gonotes, y las apoyó con los dos reducidos ejércitos que le organizaron los de la liga. Tuvo la dicha de que el partido se hallase sin aliento, lleno de discordias y casi sin recursos, que no contase con buenos jefes, y que los rebeldes solo hubieran tomado las armas para robar y pelear por los caminos sin táctica militar. El duque de Anjou se habia mantenido fiel desde la última paz. Condé organizaba tropas en Alemania, y Catalina se hacia partidario suyo á Damville, á quien dió el marquesado de Saluces «con atribuciones en su mando superiores á las que jamás habia tenido ningun gobernador, porque, segun decia la reina, todo el mal ó el bien debia venir de Damville.»

La CAUSA debilitada por todas sus anteriores derrotas, falta del apoyo de los políticos y los estrangeros que tan temible la habian hecho últimamente, no esperimentó mas que pérdidas y la guerra no ofreció interés alguno. Los duques de Anjou y de Guisa se apoderaron de la Charité y de Issoire, el duque de Mayenne de los pueblos del Aunis; fué destruida la escuadra rochelesa, y el rey de Navarra se encerró en la Guiena donde hizo una guerra de partidario.

Los protestantes pidieron la paz, y el rey que agotaba ya sus recursos, se apresuró á concederla. Esta fué la paz de Bergerac. Por ella lograron los calvinistas la libertad de culto con escuelas y sínodos en los pueblos donde dominaban, pero conformándose con la policia exterior del culto católico; y ella les concedió la restitution de sus gobiernos, cargos y empleos, los tribunales, las ciudades de seguridad por seis años, etc. (17 de setiembre de 1577).

Era este el tratado mas claro y previsor de todos cuantos se habian llevado á cabo, pero estableció con regularidad al partido protestante como un estado en el estado, una opinion armada y una secta independiente. Escitó en el mas alto grado el furor de los católicos, porque el trono era tan desgraciado ó tan poco hábil, que cuanto mas vencidos se hallaban los protestantes, mayores y mejores condiciones les concedia, y esta sexta

paz, hecha en una época en que su partido estaba casi destruido, les fué mas ventajosa que todas las demás. De modo que cuando supo Felipe II este tratado, es fama que exclamó: «La fé es incompatible con la casa de Valois, y es preciso que baje del trono.»

12.—Entre los medios que empleara Enrique para conseguir la paz debemos contar la institucion de la órden del Espíritu Santo (1578) en conmemoracion de haber sido elevado al trono de Polonia y luego al de Francia el dia de la Pascua de Pentecostés. Contaba que dando el cordon de esa órden á los principales partidarios de los Guisas y de los Borbones, los atraeria á sus intereses; mas aquel honor concedido no fué bastante á neutralizar el mal efecto que contra Enrique habian producido el descrédito y su falsa conducta.

Algo por cierto consuela el ánimo el ver que en medio de las deplorables circunstancias en que se hallaba á la sazón el reino de Francia, se llevasen á cabo importantes reformas legislativas: en medio del fragor de las armas, y en medio de las violencias de los partidos, los magistrados proseguian en su tarea de mejorar las leyes civiles. La ordenanza de Blois dividida en 363 artículos contiene escelentes y liberales disposiciones relativas al derecho civil; mas en ella se deja sentir demasiado el espíritu del catolicismo que parecia haberse avivado con mayor fuerza despues de las primeras guerras religiosas.

En virtud de dicha ordenanza, el rey tenia el derecho del nombramiento directo de las prelaturas y beneficios eclesiásticos, observando sin embargo ciertas condiciones de edad, buenas costumbres y saber. Quedaba además prohibido el cúmulo de arzobispados y curatos parroquiales; los votos religiosos podian pronunciarse á los diez y seis años en vez de no ser hasta los veinte y cinco; hacian obligatoria la residencia y se amenazaba y perseguia la simonia; el matrimonio que tan solo era legítimo cuando el sacerdote lo autorizaba, se prescribia que fuese mas vigilado y que se tomasen para su celebracion todas las precauciones; el padre podia desheredar al

hijo en caso de matrimonio clandestino. Y por último se habían tomado algunas buenas disposiciones para evitar la usurpacion de títulos de nobleza, la venalidad de los cargos, el excesivo número de empleos y las infidelidades en materia judicial.

13.—Entre tanto la escandalosa y abyecta conducta del soberano francés destruía todo el bien que el mejoramiento de la administración civil y legislativa habría podido desarrollar. Escritos y libelos implacables descorrían á los ojos del público el velo tras el cual se ocultaban las torpezas y maldades de la corte licenciosa y feroz del último Valois, donde el asesinato alternaba con la liviandad y la licencia del libertinaje y de la orgía. Por las noches todo eran en ella bailes y fiestas; por la mañana desafíos y encuentros mortales cuando la asechanza no había podido anticiparse al duelo. Y de esta suerte hoy era asesinado por los sicarios del duque de Guisa, Saint Megrin; mañana Dugast era víctima del puñal de los agentes del rey de Navarra; el otro día moría Bussy á manos del conde de Monsereau: ahora Villequier, favorito del rey mataba á su propia esposa; luego otra mujer mataba á su marido, despues Cimier daba muerte á su propio hermano. Y todos estos asesinatos tan descarados y frecuentes en la corte, henchían de indignación al pueblo y enconaban los ódios de los partidos; mas no por ello los elevados cortesanos procuraban reprimir su furor ó cuando menos cubrir las apariencias; al contrario, cada príncipe tenía asalariados asesinos que mataban por detrás y favoritos que asesinaban cara á cara. Tres de esos cortesanos del rey se batieron cierto día con tres amigos del duque de Guisa. Cuatro de los combatientes quedaron en el sitio, dos de los cuales eran amigos del rey. Este dió muestras del mas escandaloso dolor, y reemplazó á sus dos favoritos muertos con Joyeuse y de Epernon, que eran de la misma estofa. En las bodas del primero gastó la enorme suma de 120,000 escudos.

No ha de estrañaros pues que los despilfarros de la corte obligasen á que el impuesto

aumentase cada año: con mucha frecuencia el parlamento tenía que autorizar ó adelantar cantidades que ni siquiera se querían hacer constar; pues solamente á puro de resistencia se permitía que quedasen anotadas y consignadas. General y mas crecido era por dias el descontento; un día el clero dejaba de servir las rentas de la ciudad de Paris que había prometido pagar, y así se arruinaba una infinidad de familias; otro día las provincias de Normandía, Bretaña, Borgoña y Auvernia intimaban al rey que restableciera los impuestos como en el tiempo de Luis XII, y amenazaban «con oponerse á los *dineros extraordinarios*, y á los edictos perniciosos por todos los medios debidos y posibles.»

14.—Hizo, empero, mas patente los gérmenes del desórden que habían penetrado en todas las esferas del poder una guerra que estalló sin causa legítima y acabó sin razon ni justicia. Enrique III que se complacía mas en las intrigas y manejos de bajo linaje que en las cuestiones importantes ó trascendentales, intervino en las contiendas del rey de Navarra con Margarita su mujer; pero solo consiguió enconar la llaga. Catalina de Médicis pasó á Nerac con el escuadron volante de sus damas de honor. Pero el Bearnés que se distinguía por su poca escrupulosidad, tomó las armas y comenzó aquella guerra que por la futilidad de sus motivos fué llamada desde el principio *guerra de los Enamorado*s. Distinguióse por la toma de Chahors de la cual se apoderó aquel caudillo despues de una lucha de cuatro dias y cuatro noches; pero el mariscal de Biron batió en otra parte á los navarros, y por último se restableció en Fleix la paz de Bergerac (año 1580).

15.—Provechoso habría sido para las armas francesas reunir todos aquellos espíritus de turbacion y llevarlos á una empresa grande, poniendo por fin en práctica el proyecto que concibiera Coligni de hacer una guerra estrangera para evitar la guerra civil que por tanto tiempo asolaba la Francia. A la sazón podia esta elegir entre dos campos de batalla, uno de los cuales le era ventajoso y fácil. Felipe II invadía Portugal, y Catalina

de Médicis tenía pretensiones á la corona de este reino: por otra parte los Países Bajos se veían esclavizados, oprimidos por los españoles, y los habitantes de aquellas regiones no pedían otra cosa que un libertador.

vez la causa de los franceses era laudable y justa, puesto que tenía por objeto nada menos que libertar á un pueblo de la opresion y tiranía en que el fanatismo del monarca español le tenía, no pudieron conseguir su in-



AMBROSIO PARÉ.

En consecuencia Enrique III dió una flota á Antonio de Crato pretendiente al trono portugués, y un ejército á su hermano el duque de Anjou para ir á Flandes; pero lo mismo la flota para ir á Portugal que el ejército para Flandes quedaron estrellados ante la importancia de la grande empresa que acometían. La flota fué enteramente destruida por los españoles; y el duque de Anjou que al principio se vió proclamado duque de Brabante y conde de Flandes, tuvo que huir falto de toda clase de recursos evacuando el país y muriendo en su regreso á Francia en junio de 1584. De suerte que aun cuando esta

tento y siguió aquel país dominado por los agentes de Felipe.

16.—La muerte del duque de Anjou presunto heredero de Enrique III, planteó categóricamente una cuestion por mucho tiempo temida y capáz de avivar en Francia todas las pasiones de religion y política. Hasta entonces solamente se habia temido vagamente que un Borbon, un hereje y relapso, pudiese llegar á sentarse en el trono; pero desde allí el peligro era inminente; un Borbon era el heredero legítimo de la casa de Valois, cuyo último miembro ceñía la corona. El libertino Enrique III era el único descendiente de En-

rique II, no habia tenido sucesor y se conceptuaba que pocos años mas podria vivir. La Santa Liga hacia tiempo que estaba desacreditada pues de sus mismos partidarios

elevadas. Desde Paris la Liga se estendió á las provincias, inaugurando donde quiera que fué la mas fuerte, un régimen de terror segun lo califica el eminente historiador Au-



ENRIQUE III.

unos la zaherian abiertamente y otros se burlaban de ella. Mas de pronto al difundirse la noticia de haber muerto el duque de Anjou, y comprenderse que la corona podria pasar dentro de poco tiempo á las sienes del jefe de los enemigos del catolicismo, se reanimó prodigiosamente estendiéndose hasta las masas populares; y en vez de una especie de sociedad secreta se levantó entonces como constituyendo un gran partido revolucionario. En él entraron personas de todas las esferas sociales desde las mas humildes hasta las mas

gusto Thierry en su Ensayo sobre la historia del tercer estado, pág. 102.

Verdad es que en aquella revolucion entró por tanto ó mas el odio político que el religioso: los impuestos habian quintuplicado desde Luis XII, y no era el tercer estado el único que pudiera quejarse, pues el clero se veia incesantemente obligado á soltar parte de sus rentas y beneficios hasta el punto de que algunos curas se habian visto en la imposibilidad de continuar en sus curatos donde no podian mantenerse. Uniéronse los dos in-

tereses amenazados, y eso constituyó la principal fuerza de la Liga, doble protesta contra la reforma religiosa y la monarquía absoluta que los hugonotes rechazaban también queriendo ser dueños en sus castillos, como los ciudadanos querían serlo en sus ciudades.

17.—Enrique de Guisa vió que á la sazón había llegado el tiempo de obrar con firmeza y prontitud, y sin vacilar firmó el día 31 de diciembre de 1584 el tratado de Joinville con Felipe II. Con ese tratado las dos partes contrayentes se comprometían á estirpar las sectas y herejías, escluir del trono de Francia á los príncipes herejes ó que prometiesen impunidad pública á los herejes, y asegurar la sucesión de los Valois en Carlos, cardenal de Borbon. Ese Carlos de Borbon se había presentado como una pantalla para ocultar los designios de los Guisa hasta que pudieran manifestarlos abiertamente. Y se ha de decir que en virtud de tal precaución consiguieron los Guisa que el papa Gregorio XIII les diese carta blanca para obrar. «No encontraba bien que se atentase á la vida del rey; pero si podían apoderarse de su persona y rodearlo de gente que le tuviesen enfrenado, lo encontraría bueno». Esas palabras atribuidas á Gregorio XIII por el P. Mathieu, que fué el embajador de la Liga al papa, dan á comprender la intervencion de la curia romana en aquellas contiendas, la cual han querido negar algunos escritores.

El día 31 de marzo de 1585 apareció el manifiesto de la Liga en el cual los firmantes juraban que no depondrían las armas hasta tanto que la Iglesia de Dios hubiese sido reintegrada en la verdadera religion católica, puesta en sus franquicias la nobleza, y aliviado el pueblo del peso enorme de las contribuciones.» Procedióse enseguida á encender la rebelion y Guisa sublevó la Champaña; Mayenne la Borgoña; Elbeuf la Normandía; Mercour la Bretaña; Aumale la Picardía; y muchas de las principales ciudades se declararon por la Liga; de suerte que todo el reino se vió luego en conflagracion general.

18.—Comprometida se hallaba la situacion de Enrique III, pero creyendo atajar el mal

en su principio y á pesar de que detestaba á los Guisas prometió que si el Bearnés se hacía católico lo nombraría enseguida heredero del trono. Mas Enrique el Bearnés se negó, puesto que no le convenia enajenarse las simpatías de los protestantes por meras promesas; y por lo tanto respondió al manifiesto de la Liga tomando contra los conspiradores el papel de campeón del rey y de las leyes del reino.

Ese golpe, que no podia ser mas hábil, le valió la alianza y apoyo de los *políticos*. Montmorenci «rey del Lenguadoc», se unió á él y puso en armas la Guiena y el Poitou.

Desde aquel punto Enrique se encontró entre dos enemigos que largo tiempo había confiado castigar al uno con el otro: Guisa y Borbon, los católicos y los hugonotes. No todas las ciudades importantes habían entrado en la Liga, y el nombre del rey conservaba un resto de prestigio: así era que en muchas partes se le obedecía todavía, pagándose los impuestos, y con estos podía procurarse soldados, en tanto que los de la Liga buenos para un motin, para una matanza, no valían gran cosa para la guerra, porque entre ellos había pocos nobles y pocos ciudadanos del alto rango. Epernon batió algunas fuerzas de la Liga en Gien; Joyeuse destrozó otras en Turena. Pero la capital de Francia se removía todavía; y Guisa se acercaba á ella con 12,000 hombres.

Sin embargo, el rey no quiso esponerse á los azares de la guerra, ya que un revés podia hacer caer su corona, y prefirió entrar en negociaciones. Enrique, pues, se avistó con los Guisa esperando engañarlos otra vez. Firmóse el tratado de Nemours el día 7 de julio de 1585 y en él aprobaba el rey todo cuanto se había hecho por la religion; entregó al jefe de la Liga nueve plazas de seguridad, y de vuelta á Paris publicó un edicto que prohibía el culto reformado so pena de confiscacion, dando quince días de término á los protestantes y sus ministros para salir del reino. Al salir de palacio el rey se vió vitoreado con grandes clamores y aplausos; mas no era al rey á quien se aplaudía sino á la guerra y

oposición que hacia á los hugonotes. El papa hacia mas notable aquella oposición ó mejor dicho persecución; pues acaba de declarar á los dos Borbones Enrique y Condé despojados de sus derechos de príncipes de la sangre, é indignos de suceder á la corona. El parlamento parisiense protestó aunque en vano con memorables manifestaciones contra aquella violencia hecha á las conciencias «las cuales son exentas del poder del acero y del fuego», decían; y contra la bula del papa que aquella corporación consideraba como un atentado á la independencia de la corona. No habia llegado aun la hora de dominar los hombres moderados en materia de religión.

19.—Entre tanto el rey de Navarra se preparaba para hacer frente á todos los peligros: tenia fama de valeroso y en verdad lo era, lo cual constituía la cualidad común de todos los batalladores de aquel tiempo lo mismo que de los otros tiempos. Pero el valor es sin disputa una cualidad que el pueblo se complace en admirar en un príncipe, como admira y celebra al caudillo siempre dispuesto á presentar su vida á la punta de las espadas enemigas. Por otra parte esa cualidad da gran ánimo á los soldados, que no vacilan ya en arrojarse á donde ven á su superior. Educado en medio de los montañeses de los Pirineos, y habituado por lo tanto á sus ejercicios y diversiones, alcanzó una agilidad y fuerza prodigiosas, á la vez que se habia desarrollado de una manera que podia resistir las mayores fatigas. Su religiosidad habia estado al arbitrio de las vicisitudes de su vida; y por lo mismo que al decirle Carlos IX «la misa ó la muerte» eligió la misa, así otras veces trocó de religión, dando una prueba evidente de que en tal materia su alma no se habia fijado en principios ni fundamentos sólidos de ninguna especie. No sentia odio alguno á los que profesaban distintas doctrinas de las suyas; por naturaleza aborrecia el fanatismo religioso; y por compromiso lo mismo que por temperamento encargaba á todos y practicaba la tolerancia.

Enrique de Navarra era pues bravo soldado y alegre compañero, que la misma cara

ponía á la fortuna que á la adversidad; el dolor lo doblegaba, pero no lo abatía; en todas las situaciones, aun las mas desesperadas, hallaba espedientes ó recursos para salir del apuro; agradábale el placer, mas no como en la corte de Enrique III; era humano por su buen natural y por la experiencia de la vida; sus amigos sacaban de él mas buenas palabras que resultados buenos; pero si su mano no era pródiga, en cambio su corazón era franco é ingenuo. Cierta noche en que d'Aubigné y la Force se habian acostado cerca del rey de Navarra, se quejaba el primero al segundo de la avaricia y mezquindad de su amo. La Force, rendido de cansancio, no le escuchaba. «¿No me oyes?» le dijo de Aubigné. La Force despierta preguntando que le dice. «Nada, gritó el rey, que todo lo habia oido; te dice que soy un solemne avaro y el mortal mas ingrato que haya sobre la faz de la tierra»... «No me hizo por eso mala cara, añade el escritor; mas tampoco me aumentó en la cuarta parte de un escudo.»

Con todo, su forzosa residencia en la corte de los Valois, habia sido fatal á sus costumbres morigeradas: por espacio de varios años olvidó el carácter que le era propio y su fortuna. Despues de la muerte del duque de Anjou, Duplessis Mornay, considerado como el papa de los hugonotes, le escribió: «No es ya tiempo de pasatiempos. Es hora de que hagais el amor á la Francia.» Enrique le comprendió bien; abandonó los placeres y se vistió la coraza. Mas al propio tiempo se vió atacado de mil modos por sus contrarios; pero no se mostraba tardo en responder á tales ataques. A la excomunión del papa Sixto V contestó con una protesta fijada en el Vaticano, en la cual se declaraba nula y sin ningun valor «la excomunión del que se titula papa,» decia el escrito; y apelaba de la excomunión á la corte de los pares. Duplessis-Mornay redactó una declaración, en virtud de la cual el rey de Navarra y sus aliados «tomaban á su cargo la defensa de la causa del rey contra los jefes de la Liga, autores de todos los males de Francia.»

«Una sana política, dice Lavallée, inspiraba

esfuerzos aislados contra la monarquía universal de Felipe II; pero era tan infeliz la posición que ocupaba Enrique respecto á su pueblo, que no se atrevía á autorizarlos, y su madre y hermano obraban en su propio nombre. Enrique veía tan amenazadora la liga católica, que si hubiera declarado abiertamente la guerra al campeón de la fé, hubiese caído sin duda del trono. Bajo estas ideas contestó á las acriminaciones del rey de España deseándole la victoria, protestándole de las empresas de su hermano y su madre, y declarando que le era imposible impedir que la nobleza hiciese la guerra á sus espensas.

Y era cierta esta impotencia; la Francia había vuelto por decirlo así, al estado político que tenía en el siglo XII, y se había reconstituido el feudalismo, sino en la gerarquía, en las obligaciones y los servicios mutuos de sus miembros, al menos en la independencia política de los grandes señores y de las ciudades municipales. Los gobernadores de las provincias eran unos soberanos tan independientes como los antiguos condes de Tolosa y los duques de Borgoña; y Damville en Languedoc, el rey de Navarra en Guiena, el duque de Guisa en Champaña, el duque de Mayenne en Borgoña, el duque de Aumale en Picardía y el duque de Merceur (hermano de la reina y primo de los Guisas) en Bretaña, recaudaban é imponían contribuciones, pagaban tropas y hacían alianzas como soberanos absolutos. Apenas conservaban, respecto al rey, el respeto y la independencia de los feudatarios para con su soberano feudal, y eran amados y obedecidos por las provincias á las que en parte daban su antigua existencia política. Al mismo tiempo y en medio de la anarquía de las guerras civiles las grandes ciudades habían recobrado su importancia y su libertad municipal y se gobernaban por sí solas, sin contar con la autoridad real. París, Marsella, Tolosa, Burdeos, Ruan, la Rochela, Nimes y Montalban, que eran ya verdaderas repúblicas cuya organización era igualmente democrática, á pesar de ser las unas protestantes y las otras católicas.

Enrique veía con dolor este restableci-

miento del feudalismo, que le dejaba sin poder, y por decirlo así, sin reino; y bien pronto la alianza de Damville con el rey de Navarra, le hizo enemigo todo el mediodía, en tanto que los Guisas gobernaban la cuarta parte del reino y casi todo el norte. Para balancear el poderío de los gobernadores elevaba sin cesar á sus favoritos con la esperanza de oponerlos un día á los usurpadores y con este objeto les llenaba de riquezas y honores. Dos eran en especial los que lograban toda su gracia: Joyeuse y Nogaret de la Valette. Los creó duques y pares con la condición de ser antes que todos los demás, é inferiores á los príncipes de la familia real; casó á Joyeuse con una hermana de la reina, gastando en esta boda en lujo y fiestas estravagantes la enorme suma de 1.200,000 escudos (1581), compró para la Valette el ducado de Epernon, y le prometió otra hermana de la reina; dió á Epernon el gobierno de los Tres Obispados, y mas tarde le nombró coronel general de infantería. Estos dos favoritos se apoderaron de las riendas del gobierno y se convirtieron en blanco de todos los ódios que no podían alcanzar al rey. Enrique les entregó los restos de su autoridad, y en tanto persistía en su indolencia, sus procesiones, sus romerías y fiestas, se formaba una guardia adicta de cuarenta y cinco nobles, hacia que fuera muy rigurosa la etiqueta de su corte, prohibía los adornos de lujo á la clase media, inventaba una infinidad de impuestos cuyo producto disipaba con loca prodigalidad, y no pagaba á los magistrados, á los embajadores ni al ejército. Todos sus actos eran acusados de malicia ó de maldad, pero á pesar del ódio ciego que le había jurado su pueblo, no era déspota ni cruel, y respondía con chistes ó bromas á los predicadores furibundos que le injuriaban y á los folletistas que ensalzaban los derechos al trono de la casa de Lorena. Vivía de un día para otro, poco cuidadoso del porvenir, pues no tenía hijos, no creía que estuviera tan próxima la crisis, y pensaba que la monarquía tenía suficientes elementos de conservación para durar tanto como su existencia.

Turbó empero su indolente ociosidad el descubrimiento de una conspiracion fomentada por la liga. Un tal Salcedo, que habia ofrecido al duque de Anjou un regimiento con un ejército, mientras los Guisas encerraban á Enrique en un claustro.

Las revelaciones de Salcedo eran sin duda exageradas en algunos puntos, pero compro-



LUIZA DE DE LORENA.

pagado á sus espensas, inspiró sospechas al príncipe de Orange. Fué detenido, conducido á Paris y puesto en el tormento (21 de julio de 1582). Hizo allí confesiones de las cuales se desprendia el descubrimiento de un vasto plan concebido por Felipe II, para acabar con el protestantismo en Inglaterra, apoyando todos los atentados contra la vida de Isabel, en los Países Bajos, poniendo precio á la cabeza del príncipe de Orange, á quien ya un asesino le habia herido de un pistoletazo; y en Francia, pasando él mismo los Pirineos

metieron á toda la córte. El rey conoció su aislamiento y quiso dar un golpe de muerte á la liga entregando á Salcedo, que era un fiel agente de los Guisas, á una comision que le condenó á ser descuartizado como reo de lesa magestad (25 de octubre). No se inquietaron por eso los Guisas; los de la liga miraron á Salcedo como un mártir y redoblaron sus acusaciones de traicion contra el rey.

El duque de Anjou, entre tanto, alarmado con el poco afecto que le profesaban los flamencos por sus vicios, resolvió ponerse al

abrigo de los caprichos de su pueblo desconfiado, apoderándose por sorpresa de las principales plazas. La empresa le salió bien en Dunkerque, Derdermonde, Alost, etc., pero no así en Brujas, Ostende y Amberes, y el duque perdió en esta última ciudad la mitad de su ejército (17 de enero de 1584). Se acarreo con esta acción el odio de los pueblos que le habian llamado, todos se sublevaron contra él obligándole á salir del país dejando cinco ó seis mil hombres pagados por los estados.

Al regresar á sus dominios continuó sus negociaciones con los insurgentes, proponiéndoles que volvieran á reconocerle por soberano; se comprometió á hacer declarar la guerra á España por la Francia, con la condición de que los Países Bajos se reunirían á la corona si moría sin sucesión. Los estados titubearon en ponerse bajo tal dependencia y buscaron al principio el apoyo de Alemania; pero continuaron siendo vencidos, perdieron á Iprés y Brujas y vieron cual bloqueaban á Gante los españoles. Aceptaron entonces las proposiciones del duque de Anjou.

Solo faltaba decidir á Enrique III á llevar á cabo las promesas de su hermano, cuando el duque, que estaba afectado de la misma enfermedad pulmonar que su hermano, murió á la edad de treinta años (10 de junio de 1584).

20.—A la vez que la situación de Francia se complicaba de la manera que acabamos de ver, la anarquía y el desorden se extendía por todos los puntos: la muerte del príncipe de Orange, efectuada por orden de Felipe II, y la mas horrible de María Estuardo por mandato de la reina Isabel de Inglaterra, causaron profunda emoción; mas no sirvieron de otra cosa que de señal para proceder en Francia á entregarse á los furiosos del odio de los partidos; pues los unos vieron en aquellas muertes la causa de hacer pesar toda la cólera contra los católicos y los católicos contra los protestantes. En París los 45 jefes de los diez y seis distritos de la capital se reunían en consejo en el seno de la Liga para dar á su instituto nuevo y enérgico impulso, despertándose los deseos y recuerdos

de la noche de San Bartolomé. Un predicador osó decir en el púlpito: «que era necesaria una sangría como la del día de San Bartolomé, para cortar el mal en su raíz», y las gentes del pueblo repetían en alta voz que «era preciso comenzar el juego desaciéndose del rey.» También en las provincias habíanse desencadenado todos los furiosos y odios de partido por motivos que sucintamente espondremos al lector.

La liga adquirió entonces un inmenso ascendiente; desde que amenazaba el peligro á la nación, aparecía mas claro su objeto, y quería alejar á cualquier precio del trono al hereje. Los Guisas renovaron sus calumnias con el rey de la herejía y amigo del Bearnés, sus negociaciones con Felipe II y sus intrigas con el consejo secreto de la Union, que ponía desde París á todo el reino en movimiento. Empezaron á tomar consistencia las ambiciosas esperanzas de estos príncipes. ¡Parecía tan natural á un pueblo católico tomar sus reyes de una familia enteramente adicta á la conservación de la fé! Pero como no habia llegado aun la época de manifestarse, presentaron como heredero legítimo de Enrique III al cardenal de Borbon, viejo ignorante y libertino, tío del rey de Navarra. Era un fantasma detrás del cual podían ocultar sus maquinaciones.

Los políticos y el rey mismo se aterraron al ver los proyectos de la liga, y entablaron negociaciones con el rey de Navarra para que se hiciese católico. Borbon se negó á hacerlo, pues con su defección hubiera dejado de ser jefe de partido sin atraerse á los de la liga, y por otra parte desconfiaba de Enrique III. No obstante ofreció al rey su asistencia, tomó el papel de defensor del trono, se hizo amigo de los favoritos á quienes odiaba, y desplegó por fin esa astucia y talento que mas tarde le dieron el trono. «El Bearnés, dice d'Aubigné, representa un nuevo papel; no hablaba mas que de la felicidad del reino, y era el mas astuto príncipe que haya existido en el mundo.» Intrigó para que le aplazasen el tiempo que le habian dado para conservar las plazas de seguridad con in-

tencion de quedarse con el mediodía, si al morir Enrique III, perdía el trono francés. Fortificaos, decía el navarro á Rosny, jóven que aspiraba á su lado á hacer fortuna y que posteriormente llegó á ser duque de Sully; fortificaos en las provincias de allende el Loira, de modo que podais apoderaros de la mitad para que sirvan despues para la conquista de todo el reino.» Al mismo tiempo entabló negociaciones con Isabel, manifestándole el miserable estado en que se veian los reformados de Francia, los cuales no podian salir á campaña mas que con seis mil arcabuceros, trescientos ginetes y trescientos mil escudos de renta en una época en que la liga católica amenazaba en todas partes á la reforma.

Era muy cierto que en la lucha empeñada sesenta años hacia entre los dos principios que se disputaban la Europa, el catolicismo parecia en esta época que habia recobrado todas sus ventajas. Habia ganado tanto terreno en Alemania, en Suiza y en Hungria, que parecia próximo á reconquistar todas estas comarcas; habia acorralado á la reforma en los Países Bajos y en Francia; y aunque parecia hallarse vencido en Inglaterra, solo faltaba que, muerta Isabel, subiese María Estuardo al trono, para que hubiese en el parlamento y en la nacion una mayoría católica. Felipe II era el alma de todas estas conquistas de la Iglesia romana, se gloriaba de serlo, ó mas bien, se gloriaba en Dios de quien se llamaba instrumento: desde el fondo de su Escorial ponía en movimiento á toda la Europa; tenia agentes, espías y jesuitas en todas partes y prodigaba dinero y soldados para lograr su intento. Para llevar á cabo su gigantesco plan, miraba como medios políticos las muertes de los príncipes, las rebeliones de los pueblos, las conspiraciones y batallas. Sostenia contra Génova al duque de Saboya, fomentaba los complots contra Isabel, hacia que el papa lanzase contra ella una bula, minaba su trono por medio de los jesuitas y en nombre de María Estuardo era dueño de la liga de Francia y estaba en continua relacion con los Guisas, y enviaba en fin á los Países Bajos soldados y verdugos.

La muerte del principe de Orange dió tanto ascendiente á España, que todas las Provincias Unidas resolvieron salvarse de una completa ruina arrojándose enteramente en brazos de la Francia. Enrique III deseaba con afan tan magnífica adquisicion. Esta era la verdadera política de su corona; pero el que habia ocasionado el San Bartolomé para impedir que la siguiese Carlos IX, sabia cuan peligrosa era, y sabia igualmente que al declarar la guerra al rey católico, iba á justificar todas las declamaciones de la liga y tal vez á ocasionar que se alzase en contra suya.

Ya todos se quejaban del rigor con que hacia ejecutar el edicto de pacificacion, de sus negativas de admitir los decretos del concilio de Trento, de sus ordenanzas contra toda clase de asociacion que no tuviera el consentimiento real, del aumento de su guardia y del alistamiento de ocho mil suizos; y se decía públicamente que queria establecer bajo un pié de igualdad á las dos religiones, convocando al mismo tiempo una asamblea del clero en San German y un sínodo protestante en Montalban. No obstante venció su deseo de reinar en los Países-Bajos y al temor que le inspiraban estos rumores y amenazas entabló negociaciones con los estados generales, cuyos embajadores se dirigieron á Paris, y pidió su apoyo á la Puerta Otomana, con la que habia renovado la capitulacion de Francisco I, para combatir á las escuadras españolas.

La liga se preparó á tomar las armas cuando supo estas negociaciones, y Felipe II firmó un tratado secreto (31 de diciembre) con el duque de Guisa y el cardenal de Borbon, por el cual este era reconocido heredero de Enrique III; se escluián para siempre del trono á todos los príncipes que no fueran católicos, y se prohibía en Francia cualquiera otra religion que no fuera la católica, etc. El rey de España se obligaba á dar 50,000 escudos para hacer la guerra á los herejes. El papa aprobó este tratado y la liga (15 de Febrero de 1585), seguro, decía él, de que tambien lo aprobaria el rey de Francia, pero que no siendo así, no debia por eso la union ca-

tónica dejar de proseguir en la ejecución de su plan. Quitaba todos los escrúpulos de conciencia que pudiera ocasionar esta empresa, y concedía indulgencia plenaria á to-

que pidió una delacion para responder á las ofertas de los insurgentes, la liga declaró la guerra 21 de Marzo. Los duques de Guisa y de Mayenne se retiraron á sus gobiernos don-



EL DUQUE DE ALENÇON.

dos los que coadjuvasen á los príncipes católicos en una empresa tan santa.

Los mensajeros de las Provincias Unidas llegaron á Paris (12 de Febrero de 1585). El rey los recibió muy honoríficamente, y le ofrecieron la soberanía de los Países Bajos. El embajador de España hizo las mas enérgicas protestas contra tan grande insulto hecho á Dios y á su soberano; y aunque Enri-

de juntaron tropas; sus partidarios se dirigieron á Alemania á hacer levas é intentaron sorprender á muchas plazas: Lion, Bourges, Orleans y Angers se declararon en favor de la liga con una multitud de elevados personajes, como la Chartre, gobernador de Berri, Brissac, general de infantería, el arzobispo de Lion, el cardenal de Pellevé, Jeannin, presidente del parlamento de Dijon, etc.

Obras en publicacion á las que se admiten suscripciones.

HISTORIA GENERAL DE INGLATERRA

DESDE LOS TIEMPOS MAS REMOTOS

por el eminente historiador inglés

DAVID HUME,

continuada hasta nuestros dias por

SMOLLET Y OTROS CELEBRADOS AUTORES,

vertida al español con presencia de la clásica traduccion de

D. EUGENIO DE OCHOA

DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA POR

D. VICENTE ORTIZ DE LA PUEBLA

AUTOR DE LA HISTORIA GENERAL DE FRANCIA Y OTRAS OBRAS HISTÓRICAS Y CIENTÍFICAS

ilustrada con MAS DE CIENTO bellísimas láminas, grabadas en acero ó boj por los más reputados artistas de Europa.

La HISTORIA DE INGLATERRA mas completa y reputada de todas ofrecemos hoy al público con ventajosas condiciones, puesto que toda la obra, incluidas las hermosas láminas que la adornarán, costará de 140 á 160 rs., dándose de regalo todas las entregas que pudiesen aumentar el valor aquí fijado.

Se reparte por entregas de ocho grandes páginas de abundante lectura, impresas con tipos nuevos y en papel satinado.

Mas de cien láminas grabadas en boj ó en acero adornarán la presente publicacion, considerándose cada una de las primeras como media entrega de pago, y cada lámina al acero perfectamente grabada é impresa equivaldrá á una entrega.

MEDIO REAL LA ENTREGA EN TODA ESPAÑA.

Se repartirán con puntualidad cuatro entregas cada semana.

LOS GRANDES DRAMAS DE SHAKESPEARE.

PRIMERA VERSION ESPAÑOLA POR RENOMBRADOS LITERATOS.

Al efecto de que esta primera version completa de los 36 eminentes y recreativos dramas del gran escritor inglés viese la luz de una manera digna de aquel ilustre ingenio, la editamos con lujo poco usado á pesar de las condiciones económicas á que la hemos puesto; porque á la vez que anhelamos complacer á las personas amantes de los modelos clásicos de literatura, hemos decidido que las personas que intenten adquirirla como obra recreativa ó de ameno pasatiempo, puedan á poca costa hacerse con ella.

Constará de dos tomos de medianas proporciones, ya que uno solo resultaria demasiado abultado y por consiguiente molesto y poco elegante.

Se reparte por entregas de 16 grandes columnas de abundante y clara lectura, de tamaño fólío mayor, impresas con tipos nuevos, especialmente fundidos para esta edicion, y en papel glaseado. Sin vacilar aseguramos que cada una de nuestras entregas contiene tanta ó mas lectura que cuatro de las que generalmente cuestan á medio real la entrega.

La adornarán 36 magníficas láminas representando las escenas mas importantes, y una del retrato del autor, debidas al lápiz de eminentes artistas, y abiertas en acero por el reputado señor Furnó.

Se repartirá con toda puntualidad un cuaderno semanal de cuatro entregas, compuesto de 64 columnas de texto, ó bien de 48, y una de dichas láminas.

Cada entrega cuesta tan solo

UN REAL EN TODA ESPAÑA.

No sabemos á punto cierto las entregas que abarcarán los 36 dramas de Shakespeare; mas creemos que todo lo mas serán de 140 á 150.